

ca de hoy reniega del marco estrecho y de la forma sobajeadada.

Este su último libro trae alrededor de ciento treinta sonetos. En todos ellos están latentes los asombrosos méritos de versificador que ya se le reconocieran más de una vez; pero la emoción y la elegancia de la forma no están en muchos de ellos. Entre todos, nos seduce el que tiene estos cuartetos bellísimos:

Desgarré la pureza de tantos al-
[maizales
y han dejado mis labios tantos vasos
[vacíos,
que ahora cifro mis únicos anhelos
[terrenales
en soñar con los besos que nunca
[fueron míos.

Siempre las mismas rosas en los
[mismos rosales
y los mismos ardores tras los mismos
[desvíos:
todo lo fuí perdiendo sobre los are-
[nales;
y de tedio, en la playa, se pudren
[mis navíos.

Ha incluido el poeta en este libro numerosos sonetos publicados en libros anteriores, como «Jardín en ruinas», «Leila», «Zulima», «Oro Viejo» y otros.

Más descuidada la forma en este libro de hoy que en «Panales de Oro» y «Palabras antiguas» aparecidos hace treinta años, Villaespesa no canta todavía su dolor de vivir. Y los que conocemos su aporreado y amargo vagabundaje seguimos a la espera de su estrofa desencantada.

A un poeta de su nombradía y de sus años sería inútil señalarle pecados que no pueden alcanzar miseri-

cordia, como ese «donde cuando el remanso» de la página 50, propio de un estudiante en sus iniciales arrestos líricos.

Villaespesa tiene ya hecha su labor perdurable en el teatro y en la lírica, y estos desmanes de última hora no pueden dañar su reputación. A lo sumo harán pensar a muchos en su inutilidad.—P. S.

ENSAYOS

UN ESTUDIO MAGISTRAL DE RUBÉN DARÍO.

Rubén Darío, el genio poético de nuestra raza, pasó por el mundo dejando una estela de luz y de piedras preciosas. En 1916 caía agotado por la exuberancia del vivir, y después de haber gustado de todas las esquiciteces y amarguras del placer y de la gloria, volvía al polvo humilde de donde saliera en su tierra natal, Nicaragua. Vióse admirado en el zenit de su carrera por todos los pueblos de lengua hispana, y en especial por la madre de todos ellos, España. Con justicia se le consideró como el poeta-mago de la lengua que fundía en su crisol de alabastro todas las bellezas de Grecia, de Roma, de Francia y de España. Fué un Mesías, redentor del estro poético en la lengua de Castilla. Fué un clásico, un romántico, un inspirado profeta que trazó nuevas rutas al arte de la poesía, y aún al de la prosa. En él hallaron expresión adecuada y nueva los sueños y mitos helénicos, la elegante sensibilidad

francesa, la caballería épica castellana, la sensibilidad ardiente de los habitantes del trópico. No funda escuela, porque el genio es único e individual. Pero su influencia produce la renovación más profunda que se haya visto en las letras hispanas. Le siguen e imitan en ambos continentes discípulos a tropel. Las hordas modernistas avanzan, y en la confusión que producen la novelaría y la imitación mecánica, por parte de las escuelas nuevas, de los moldes inmortalizados por el genio queda desorientado y desilusionado el espíritu. Así es que la obra de Rubén Darío, única, inmortal, se agranda más y más, según va pasando el tiempo. La figura del gran poeta adquiere ya justas proporciones y se nos va presentando con toda su grandeza y con todas sus imperfecciones, que lejos de menoscabar su gloria, redundan en cariño e interés.

Mucho se ha escrito sobre Rubén Darío. Mucho bueno y mucho mediano. Pero faltaba un estudio completo, sereno e imparcial, de su vida y de su obra: un estudio que nos presentara una vista local, objetiva y desinteresada de la obra del gran maestro. Y este estudio acaba de ser hecho por una de las figuras más salientes y de más esperanzas en el campo de las letras y de los estudios hispanoamericanos: el señor Arturo Torres Rioseco. Este joven catedrático de la Universidad de California emprendió hace años una labor de investigación comprensiva y cariñosa, estudiando la vida y obras del gran vate modernista. Los resultados de sus

excelentes dotes de estudioso y de crítico los vemos en su última obra *Rubén Darío, Casicismo y Americanismo* (Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1931.)

Nadie mejor capacitado que Torres Rioseco para presentarnos la grandiosidad y la majestad, el significado de la obra dariniana. Nadie mejor que él para hacernos ver la figura humana del genio, con todas las luces y sombras de su vida. Poeta, ensayista, catedrático, Torres Rioseco ha puesto en su libro todo el cariño de su alma de poeta, y toda la penetración aguda de su mente crítica. Los amantes de las letras españolas e hispanoamericanas debemos felicitarnos de que el libro magistral de este intérprete de Darío haya sido patrocinada por la Universidad de Harvard y de que ésta la haya dado a luz en su autorizada serie de publicaciones del «Harvard Council on Hispano-American Studies». Esto contribuirá grandemente a dar prestigio en las Universidades norteamericanas a los grandes valores modernos de nuestra lengua, tan poco conocidos por estas tierras.

Pasemos a analizar el libro de Torres Rioseco.

Divide su obra en dos partes. Comprende la primera una biografía completa, críticamente establecida, de Rubén Darío. Corrige y rectifica con datos pacientemente recogidos de muchas fuentes privadas, errores e inexactitudes corrientes en muchos libros y aun en la propia *Autobiografía* de Darío. Le despoja de detalles legendarios que se crean inevitablemente en la ca-

rrera de todo grande hombre. Nos presenta en todo su horror brutal, pero exacto, las debilidades y flaquezas de aquella alma grande, pero que no por ser grande y remontarse a las alturas inmortales dejaba de ser humana, flaca y pecadora. Vemos a Darío, como un genio extraordinario que asciende al Olimpo de los dioses en alas de su inspiración, y de su arte mágico, con su corazón de oro, su alma de niño bueno y sus aspiraciones ultraterrenas y helénicas. Le vemos como un ángel caído, vaso de barro al fin, luchando intermitentemente con los tres enemigos suyos, la carne blanca y rosada, el alcohol inspirador de sueños, y la fe religiosa que le fustiga en sus horas de remordimiento y de anhelos divinos. Le conocemos de niño,—niño precoz, niño prodigio—vemos su formación y crecimiento culturales, asistimos a la aparición de su estrella luminosa en *Azul*, seguimos su carrera turbulenta y azorada por ambos mundos, nos deleitamos con él en el apogeo de su gloria y en los maduros frutos de su numen en *Cantos de Vida y Esperanza*, y le vemos descender, poco a poco, al ocaso de su vida, como astro glorioso que muere, que se apaga y oculta entre los claros rojizos y negros del crepúsculo.

Y todo esto relatado con una continuidad encantadora, con una sobriedad y sencillez de expresión que hacen resaltar más el retrato fotográfico y objetivo que de Rubén nos hace Torres Rioseco. Es verdad que en muchos incidentes y ocasiones de la vida del poeta quisiéramos

leer más datos, quisiéramos hallar más subjetividad, más intimidad psicológica para comprender mejor a aquel espíritu atormentado e inquieto.

Quizás el criterio serio y severamente crítico que adopta el biógrafo le impide introducir adornos y minucias más o menos verosímiles que se hallan en otras obras. Pero hay que confesar que la personalidad del poeta se destaca vigorosa y definida en las páginas de esta biografía; y al terminarla sabemos que no desconocemos ningún detalle importante de su vida. Le conocemos como un ser mental y psicológicamente extraordinario, con todas sus gestas de héroe, de poeta eterno y de esclavo de la carne. Sus flaquezas nos interesan tanto como sus genialidades.

El interés humano que despierta la vida del gran Rubén es tal que absorbe y cautiva el espíritu. Algún día nos podrá dar el catedrático chileno de la Universidad de California una semblanza de Darío más íntima, más detallada, más psicológica y subjetiva, que trace el desarrollo psicológico de su alma, pagana y a la vez cristiana, conjuntamente con el desenvolvimiento de su inspiración y de su arte revolucionario, musical y avasallante. Es decir, en vez de considerar la obra de Darío independientemente de su vida, habría que estudiar su vida y su evolución interpretadas a la luz y en consonancia con sus obras, según iban apareciendo en el transcurso de los años. Ello nos daría un conocimiento más completo de la vida íntima, de los sufrimien-

tos, de los goces, de los afectos y de los temores de aquella alma tan americana y tan española, y a la que solamente vislumbramos ahora a intervalos, ya con luz tropical y versos de fuego, ya con sombras veladas de crepúsculo, pero muchas veces oculta en sus torres y castillos de marfil, cuando leemos aisladamente las joyas poéticas que labró su mente en los momentos culminantes de su vida.

Casticismo y americanismo en la obra de Rubén Darío es el título que da Torres Rioseco a la segunda parte de su libro. Título modesto. Los siete capítulos que la componen son un estudio crítico y un análisis detallado de los principales temas relacionados con la obra del poeta nicaragüense. En cada uno de los capítulos encontramos dilucidadas cuestiones que han preocupado y preocupan a muchos estudiosos de nuestra literatura. La documentación y serenidad de juicios del escritor chileno nos dan la impresión de que hay poco que añadir en substancia a lo que él nos dice.

Estudia el casticismo español de la obra poética de Darío, su cimentación en el arte de los principales poetas castellanos, sus innovaciones y resurrecciones métricas, que no fueron esclavamente imitadas del francés, sino inspiradas en la antigua poesía española. Rectifica y pone en claro la cuestión de las muy ponderadas influencias francesas, un tanto exageradas y mal comprendidas por algún escritor que otro. Darío aportó a la poesía castellana la sensibilidad, la claridad y el espíritu refinadamente artístico de

Francia, pero sin dejar de tener su alma empapada en la tradición castellana, cuando los fundamentos de su arte poético descansaban ya sobre los preclaros modelos cantores del alma hispánica, el poema del Cid, Berceo, el Marqués de Santillana, Boscán, Garcilaso, Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina, Espronceda, Becquer, Zorrilla y Núñez de Arce. Sólo el genio inmortal de Darío fué capaz de permanecer castizo y de transformar al mismo tiempo la poesía castellana, infundiéndole nueva vida, trazándole derroteros no trillados, enriqueciéndola con formas y esplendores no imaginados, aportando a ella las bellezas eclécticas de un mundo renovado, primitivamente sensible, ansioso de símbolos y armonías exóticas, refinadamente pagano. El capítulo que Torres Rioseco dedica a la generación del 98 demuestra cuánto debe al gran maestro la falange de poetas y escritores que han dado gloria a España en las tres últimas décadas. Más de lo que muchos empedernidos querrán reconocer.

El estudio del americanismo en la obra de Rubén Darío consta de dos capítulos bien pensados y escritos. Dejó de ser verdad lo que Rodó dijo de Darío en época temprana, «no es el poeta de América». Abarcando en conjunto su obra total, prueba Torres Rioseco que Darío fué el poeta de América por su sensibilidad nueva, por su catolicismo artístico, por ser eco y portavoz del alma hipersensitiva de Hispano-América, por las huellas que en su espíritu dejaron el pai-

saje y la naturaleza tropicales, retratados y sentidos en muchos de sus versos. Algunos lectores o críticos minuciosos quizás no queden convencidos del americanismo de Darío. Pero estas divergencias de opinión revelarán solamente diferentes actitudes de opinión y sentidos de palabras, sin afectar a la substancia de los juicios. Si al decir que Rubén Darío fué el poeta de América queremos decir que cantó principal y exclusivamente al continente americano, que fué el producto de elementos y arte indígenas, que escogió como temas de sus versos los misterios y la vida de los trópicos o de las pampas, naturalmente hay que decir que no fué él el poeta de América. Torres Rioseco no nos habla en este sentido. Si Darío hubiera sido el poeta de América en el modo dicho, no habría llegado quizás a las alturas que llegó en su arte tradicionalmente castizo a la par que universal, ni hubiera sido por excelencia el poeta predilecto en los tiempos modernos donde quiera que se habla la lengua de Cervantes. El verdadero genio poético no reconoce fronteras de inspiración ni de arte. Pero con todo, el genio de Darío es herencia de América, es el vestigio secular de los conquistadores, guerreros y poetas del nuevo mundo, el renacimiento de todo lo grande de la madre España, la versión hispana de toda las corrientes artísticas, de todos los aires clásicos y modernos que de Europa llegaron a las naciones americanas. Sin América, sería difícil explicar la brava sensibilidad, la dulce melancolía, el goce tropical

de la vida que hallamos en Darío. Y, aunque relativamente pocos, no faltan en sus poesías los temas americanos, *Caupolicán*, *Walt Whitman*, *Allá lejos*, *Momotombo* y el *Canto a la Argentina* son algunos ejemplos.

Es, pues, Darío, el poeta de América, porque es él quien mejor cantó los sueños y las aspiraciones de su raza, quien vió con ojos de águila y sintió con alma de gigante—alma india, alma española, alma pagana—las bellezas, las tristezas y las alegrías de las diferentes civilizaciones que constituyen la comedia humana. Gloria y prez de América es Rubén Darío. De América salió, a América volvió a morir. América le dió el secreto de su poesía revolucionaria y avasallante, con la herencia, con el ambiente, con la tradición española, con el paisaje, con la religión, con la cultura transformada de muchos siglos. Y a pesar del cosmopolitismo y del interés universal de su poesía, siempre veremos en él al indio chorotega, al español ingertado en americano, al símbolo y figura de la raza hispana que revela matices nuevos y fuerzas ocultas en el ambiente renovador de Hispano-América.

Resumiendo. Definitivo y completo—dentro de los límites en él fijados—es el estudio que en su libro nos ofrece Torres Rioseco. Su lectura aclara solaza y estimula. Al terminarla, tenemos una comprensión clara y serena de las influencias y del significado de la obra del inmortal Rubén. Cada capítulo es una joya, y cada joya va engarzada en prosa deliciosa. Torres Rio-

seco nos encanta con su lenguaje, que fluye tranquilo, sobrio y rico a la vez. Nada de efusiones rimbombantes, ni de frases huevas. Su pluma—pluma de poeta y de artista—se desliza suave y sencilla, impulsada por el juicio claro del crítico estudioso y alentada por el cariño hacia el más grande de los poetas que América ha dado al mundo.—*Hermenegildo Corbató*, (Universidad de California en Los Angeles).

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA.— (Lección inaugural dictada en la Universidad de Chile el 25 de Abril de 1932) por el Dr. Juan Marín.

Catedrático de la Universidad de Chile en el ramo de Historia Médica, el doctor Juan Marín posee, acaso como ninguno de sus colegas, la facultad no común de atraer a su auditorio y de interesarlo vivamente en el motivo no siempre ameno de sus lecciones.

Esta cátedra, establecida en casi todas las Universidades del mundo, fué creada en Chile, hace apenas seis meses, y se cumplirá con ella tarea muy útil, ya que extenderá los conocimientos del médico, mostrándole los orígenes y el desarrollo de la profesión que ejerce.

Es cosa increíble que sólo ahora se haya reparado en la necesidad de fundar esta cátedra de la Historia de la Medicina, como si el arte de curar las enfermedades no tuviese ligazones con el pasado y no respondiese su desarrollo actual a

una larga experiencia de siglos y de razas.

Acaso entre los médicos chilenos sea el doctor Juan Marín la personalidad de más relieve en el campo de la cultura general. Novelista de imaginación, poeta original, crítico de arte, todas las manifestaciones literarias le cuentan entre sus adeptos más decididos, sin que su labor en las letras haya aminorado su gran prestigio de cirujano inteligente.

Bien elegido, pues, el catedrático, como lo demuestra, además de todo lo dicho, esta conferencia (1), cuya claridad de exposición y cuya amenidad fueron aplaudidas con justicia en el Salón Universitario.

Todo el que desee conocer una historia sucinta del desarrollo de la Medicina hallará en este folleto que publica el doctor Marín un guía insustituible.

LA ESTÉTICA DEL BARROCO.— *Augusto Arias*.

Quien cogiese este libro de Augusto Arias, el delicado poeta de «Poemas Intimos» con el propósito de estudiar la estética barroca, sufriría un desencanto inesperado. Y no es que el poeta ecuatoriano ignore, o no explique con claridad las características inconfundibles del barroco. Es algo más. Augusto Arias estudia en este folleto «La estética del barroco» (2), el desarrollo de la poesía ecuatoriana,

(1) Imprenta de la Armada, Santiago de Chile, 1932.

(2) Talleres Tipográficos Nacionales. Quito, Ecuador, 1932.